

**Entrevista a Armando Silva.
“Ser santiaguino o porteño es,
primero, un deseo”**

*por María Constanza Mujica**

Enunciar los mapas afectivos que constituyen la diversidad de modos de ser urbanos de trece ciudades de Hispanoamérica ha sido el objetivo del proyecto *Imaginario urbanos*, convocado y financiado por el Convenio Andrés Bello. Esta búsqueda se ha cristalizado en una serie de libros y obras de arte en los que se conjugan las percepciones académicas, las estadísticas, los edificios, la historia de las ciudades con los sueños y las aspiraciones de sus habitantes, de sus artistas. Lo que se dibuja, a fin de cuentas, no es una identidad urbana latinoamericana, sino las mil y una formas de ser en nuestras ciudades, ya no son sólo entendidas como un pedazo de tierra, sino como un corazón palpitante, un espacio simbólico de encuentros y desencuentros, un caleidoscopio de percepciones y deseos en constante transformación. Así son las Ciudades Imaginadas, así, porosas, llenas de fantasmas y sensaciones en cada esquina, así las vislumbra el filósofo e investigador social Armando Silva, coordinador del proyecto.

María Constanza Mujica: Si, como usted postula en algunos de sus textos, la ciudad es una red simbólica en permanente construcción y expansión, ¿es posible hablar de *identidad urbana* ?

Armando Silva: Hoy el concepto de identidad lo entendemos más como un proceso que como un estado. O sea, vamos siendo; no somos algo definitivo y estático. El espejo como lógica refleja y mecanicista ya no devuelve nuestra figura única y nítida. La identidad pasa a entenderse como construcción desde el otro y entonces lo poroso y difuso entra en escena. Frente al espejo uno es otro, una imagen de uno mismo pero sin cuerpo real de carne y hueso, y así el espejo gana otra metáfora: lugar donde no me veo si no representado.

Las identidades urbanas pasan por el mismo proceso desmaterializador, desterritorializador,

y los ciudadanos se identifican no sólo con sus vecinos de lugar (de tierra), sino con quienes están conectados (más en el aire). Así, nacen las telepresencias, que forman redes de identidad grupal. Hoy, por primera vez en la historia de las organizaciones urbanas, no se identifica la ciudad con lo urbano, como lo expliqué en el libro *Urban imaginaries* (Silva, 2003). Se puede ser urbano sin vivir en un casco citadino. El mundo se urbaniza sin pasar por los cascos físicos debido a los efectos de los medios, de las tecnologías, en fin... el concepto de “red simbólica en expansión permanente” adquiere pleno acople cuando hablamos de ciudadanos conectados en red, pero no sólo al computador, también en las redes de comunicación y en redes sociales.

De hecho, la teoría de los imaginarios urbanos busca captar y aislar para su estudio lo que llamamos “croquis urbanos”, que no son otros que los mapas afectivos donde uno se encuentra con otros, ya sea porque se comparte un interés, un oficio o hasta un tema. Y estos mapas ya no son físicos, sino psicosociales: los croquis no se ven, se sienten. Si el mapa marcaba unas fronteras determinadas de propiedades políticas y geográficas, los croquis desmarcan los mapas y los hacen vivir su revés: no lo que se me impone –como frontera-, sino lo que me impongo –como deseo. Los mapas son de las ciudades, los croquis pertenecen a los ciudadanos; entonces, un estudio de imaginarios fundados en las percepciones ciudadanas lo es de los croquis colectivos, donde en nuestra perspectiva se ubican los procesos de urbanización.

Digamos que los imaginarios urbanos no están en un pedazo de tierra, sino en lo que anima a una representación grupal. La ciudad es una red simbólica porque en todo momento es urbanizada y la urbanización se da en redes. La red puede ser un nuevo concepto contemporáneo sobre identidades. Déjeme darle unos ejemplos:

Un estudio sobre emigrantes afro descendientes del Pacífico colombiano a

* Periodista y académica de la Facultad de Comunicaciones de la Pontificia Universidad Católica de Chile; doctoranda en Literatura por la misma universidad. E-mail: mcmujica@puc.cl

Bogotá¹, quienes llegan para trabajar en oficios domésticos, como internas en casas, demostró que tal población seguía viviendo su “territorio extendido” usando otra red de distancias: la telefónica. A través de la conexión telefónica permanente se comunican y preparan sus encuentros sociales los fines de semana, pero también siguen unidos por la palabra y la comunicación permanente. Se usa una tecnología para seguir unidos en otros sitios distintos al de su origen.

En las tele-iglesias (como lo muestra Fausto Neto, de Brasil) las ceremonias se hacen por televisión y los efectos –como curar un enfermo– se producen por esta red de apoyo comunitaria y mediática dando lugar a un fenómeno urbano popular con mucha fuerza, y en el cual la tecnología interviene (ocupando el nuevo puesto de Cristo, quizá) para “hacer milagros”

MCM. ¿Qué decimos cuando decimos que somos bonaerenses, bogotanos o santiaguinos?, ¿En qué material intelectual o experiencia se origina esa definición?

Primero, ser santiaguino o porteño es un deseo. Luego, una experiencia compartida, y al final un acuerdo colectivo de una urbe que puede llamarse Santiago o São Paulo. La urbanización viene de los ciudadanos y no de la ciudad.

MCM. ¿Cómo dan cuenta los ciudadanos de su experiencia urbana?, ¿Cómo relatan su ciudad?

AS. La gente no se da cuenta de su experiencia urbana pues vive en ella como en el aire que respira. Sin embargo, hay situaciones donde su ser urbano se exterioriza y visibiliza, como en algunas experiencias que llamo “meta operaciones”, estéticas, por medio de los estudios urbanos o como consecuencia de los mismos medios. Son todas situaciones donde se ha de producir algo parecido a lo que Brecht llamó “efecto de extrañamiento”, de distanciamiento, donde tomo conciencia de mi ser *in situ*, en un lugar concreto. Sin embargo,

todas esas circunstancias pueden trabajar para lo contrario: pueden hacernos sentir que estamos en otra ciudad y que somos ciudadanos de otras urbes (o del mundo). Las urbes se relatan del mismo modo que las personas: la escritura, los medios, la historia, las ficciones, en fin.

Un modo que he utilizado para su conocimiento es la historia de sus personajes. En *Bogotá imaginada* muestro cómo en la historia de la ficción televisiva dominan tres personajes urbanos según su momento: en los años ‘50 los choferes de taxi, en los ‘80 los *maestros* de albañilería y a finales del siglo XX los celadores de edificios. Sus guionistas, sin proponérselo claramente, dibujaron una sociología del carácter popular bogotano. Los porteros de edificios al servicio de grandes capas de inquilinos sólo pueden pertenecer a esta época cuando la ciudad creció y se llenó de miedos. Este personaje, el celador, nos relata una ciudad miedosa, un imaginario poderoso que comparten las grandes urbes actuales.

Nelly Richard y Carlos Ossa inician su *Santiago imaginado* (2004) con epígrafes de unas tarjetas postales que representan los exteriores felices de la nueva ciudad neoliberal en contraste con el Paseo Ahumada, donde se encuentran los residuos de la economía global en mercancías callejeras que se mezclan dentro de extremas movibilidades ciudadanas. Si este pabellón iba a ser la pista para el despegue económico, dicen sus autores, hoy es más bien lo contrario y allí circulan todos los oficios de supervivencia. Así que en esta parte Santiago es narrado desde una calle a partir de la cual se sacan hipótesis de conductas ciudadanas. En *Quito imaginado* (Aguirre, Garzón y Kingman, 2004), por el contrario, sus autores narran los miedos de la ciudad desde el volcán Pichincha, que los amenaza a diario. Así que los imaginarios no son sólo elaboraciones mentales, son también objetos donde aquellas se encarnan o desde donde provienen y forman representaciones.

¹ Realizado por Marta Abello, Universidad Nacional de Colombia.

MCM. ¿Es posible hablar de una sola ciudad imaginada? ¿Es posible relatarla?

AS. La ciudad no es una experiencia divina sino humana. Bachelard decía que percibir e imaginar son movimientos tan antitéticos como los conceptos de presencia y ausencia. Imaginar es ausentarse, lanzarse a una vida nueva. Imaginar es futuro, adelantarse, y por esto su “topografía” es opuesta a la del sueño que es arqueológico, va hacia atrás, hacia nuestra infancia. Los imaginarios que se nutren de la imaginación son también visionarios y no necesariamente realistas. Entonces no habrá “una sola ciudad imaginada”, sino muchas maneras de imaginar las ciudades.

Quiero agregar algo sobre el modo en que los imaginarios urbanos se relatan. Hay imaginarios dominantes en cada ciudad. Por ejemplo, de Pinochet en su simbología santiaguina se pueden construir metáforas como *antes y después*, como *economía de mercado local y neoliberal* o *dictadura y posdictadura*. Incluso, la población suele dividirse entre pro y contra *pinochetistas*. Algo similar pasa con la actual Caracas y el efecto Chávez. La Plaza Altamira se vuelve el lugar de combate entre unos y otros y pareciese que quien la poseyese tiene el poder de las masas agitadas. El chavismo ha puesto en circulación una nueva división entre ricos y pobres, pero también entre clases políticas viejas e incapaces y soluciones populares o populistas, según se mire.

Pero no sólo hablamos de imaginarios políticos. Gardel es un mito urbano pretendido por montevideanos y porteños. Mónica Lacarreu y Verónica Pallini, y Luciano Álvarez y Christa Huber (Álvarez, L. y C. Huber, 2004) narran sus ciudades desde este “cantante estrella” En Buenos Aires, Gardel es todavía el personaje típico porque representa a la ciudad en diferentes lugares emblemáticos de su centro histórico, como el Obelisco o la Avenida Corrientes: el cantante andaba por esas calles donde se le recuerda con la imagen del típico porteño pícaro o *piola*, ese tipo bien *pintón*, “bien vestido y siempre ganador”. También Gardel es evocado en nuestros estudios como parte de la Buenos Aires de los “barrios tangueros” –La Boca, San Telmo,

Barracas, donde según ellos nació el tango, el más urbanos de los ritmos latinos-, describiendo a toda la ciudad con la canción más representativa del género: “Mi Buenos Aires querido”. Pero esta figura mítica de comienzos de la vida urbana en la primera parte del siglo XX es también reclamada como originalmente suya por Montevideo, exhibiendo acta de nacimiento en esa ciudad. Y todavía más; en Medellín, Colombia, celebran cada año en las cantinas del sector de Guayaquil, en pleno centro urbano, no el nacimiento de Gardel, sino su muerte, pues a su parecer uno es del lugar donde muere, lo que allí ocurrió en un desdichado accidente aéreo en 1935.

Así que hay muchas maneras de narrar desde los imaginarios sin importar el medio, ni tampoco su naturaleza cultural. Todo lo que sea emblemático en una ciudad es atractivo para deconstruir su formación como símbolo colectivo.

MCM. ¿Qué puntos de contacto existen entre las trece ciudades hispanoamericanas imaginadas en estos libros? ¿Hay un modo o modos de ser urbano específicamente latinoamericanos?

AS. En el proyecto “Culturas urbanas de América Latina”, donde estudiamos 14 ciudades, observamos que no hay una sola, sino muchas maneras de ser urbanos y americanos. Eso es lo que estudiamos: de qué maneras específicas se concreta lo urbano en el continente definido geográficamente.

La urbanización de La Paz, entre quechuas, aimaras e hispanos, no es la misma que la de São Paulo, industrializada y con mezclas de orígenes japoneses, italianos y nordestinos. Tampoco se puede decir que las ciudades de mayor presencia indígena sean más atrasadas o sean vestigios de lo rural. No. Son otras maneras de ser urbanos. Esa es la diferencia de nuestro enfoque con otro más urbanístico y sociológico en su corte tradicional, que admite la división entre lo rural y lo urbano y asume en consecuencia que lo provinciano es un vestigio de lo rural. Creo que esto no se sostiene. Los nordestinos llegaron a Sao Paulo y aportan su

cultura, su cocina, su descendencia africana, y reciben otras tantas influencias. Toda esa mezcla es urbana. Lo urbano es mezcla, no pureza. América Latina como unidad es sólo una ilusión o un acto de fe. Somos muchas maneras de ser.

MCM. ¿Cómo se integra la diversidad de modos de estar y ser en la ciudad?

AS. Precisamente, son los imaginarios urbanos los que permiten a los ciudadanos ponerse de acuerdo en sus modos de ser y de estar de una colectividad, y estudiarlos es buscar comprender esas estrategias grupales para construirse en común.

MCM. ¿Cómo se conecta este deseo de mirar la ciudad desde dimensiones culturales con la magnitud inabarcable las ciudades contemporáneas, y que impide que sus habitantes puedan conocerlas totalmente (y por tanto, vivirlas como una totalidad)?

AS. Algunos colegas (por ejemplo Carlos Monsiváis, refiriéndose a México D.F.), ante los impresionantes tamaños de algunas ciudades de América Latina, que han aumentado varias veces su tamaño desde mediados del siglo XX, hablan de las *post-ciudades*; otros incluso hablan de lo *post-urbano*. Pero no hay un post-urbano. Quizá se pueda hablar de post-ciudades, pero ellas se siguen urbanizando. La pérdida de límites de algunas ciudades está vinculado a la emergencia de otro tipo de ciudades, ya no céntricas ni organizadas bajo estrictas y demarcadas topologías espaciales de barrios, lugares comerciales e industrias.

Es necesario hacer un paralelo con lo ocurrido en las post-ciudades de Estados Unidos, construidas más desde los suburbios, que dieron lugar a las “ciudades largueros” donde vive más de la mitad de los ciudadanos de ese país. Esos “largueros” no son ciudades como las conocemos en América Latina, pero sí son sitios urbanos, por lo demás bien urbanizados. Nuestras ciudades no son “largueros”, aunque son caóticas por su crecimiento acelerado. Salen de sus límites

como ciudades, pero lo urbano no tiene límites. Salimos de las ciudades que son algo físico, pero no de lo urbano que es cultural, que nos alcanza y envuelve.

MCM. ¿Por qué recuperar la naturaleza simbólica de la ciudad?

AS. Las ciudades dan cada vez menos opción de encuentro entre todos sus habitantes, como podría ocurrir en una ciudad pequeña; lo que sí nos dejan son otros encuentros entre unos pocos, ya sea en un lugar físico (café, parques, centros comerciales) o bien en la red virtual. Acá de nuevo echo mano de los imaginarios urbanos como la instancia donde ubico los encuentros sociales (y claro, también los desencuentros).

Los medios acá juegan un papel importante, pues a través de ellos imaginamos la ciudad total (como lo propone García-Canclini). Ellos actúan localmente como “confidentes micro-sociales”, y actúan también en la relación con las otras ciudades del mundo, como “informadores macro-sociales”. Sin embargo debemos notar que los medios, en especial la televisión, se ocupan cada vez menos de la “realidad social”, de “lo objetivo”, de lo que pasa por fuera de las cámaras; más bien, como lo revela Gérard Imbert, se hacen cada vez más autorreferenciales. Así, hacen perder las fronteras entre lo auténtico y lo manipulado, lo que es del orden de la realidad y lo que pertenece al de la simulación. La televisión aparece más emocionante que la realidad, simple y “des-narrada” por su propia naturaleza.

Los medios “integran” lo que la ciudad desintegra por su extensión, por la pérdida de tipologías zonales, etc. Por otro, lado los mismos medios también nos sacan a una ilusión autorreferencial. Permiten comparar imaginarios de miedo, peligros, afectos o rechazos de sitios o memorias colectivas no en el espacio, sino en el tiempo, lo que nos hace de un lugar que compartimos, de una ciudad. Por esto la recuperación, y más que esto, la reconstrucción permanente de la ciudad, o más exactamente, de lo urbano. La cultura es símbolos colectivos.

MCM. ¿Cuáles son las dificultades para generar una metodología de estudio que permita rescatar y reconstruir estas ciudades imaginadas, a la urbe como espacio vivido y soñado, que pudiera ser compartida por los trece equipos de estudio?

AS. Como toda metodología hecha con intenciones extra-locales, ésta depende de su validez argumental y luego de su aplicación y verificación. La metodología de los imaginarios comparte datos estadísticos (sobre proyecciones imaginarias de los ciudadanos de todas las ciudades estudiadas a partir de la base de las mismas preguntas, para poder comparar temas urbanos) con otros de naturaleza visual. Esto último conlleva desde la toma de fotos hasta hacer *clips* sobre emblemas de las ciudades y otros aspectos menos icnográficos y más arqueológicos, como la recolección de objetos que representen imaginarios sociales en álbumes de familia, tarjetas postales etc.

Combinar todos estos datos e informaciones para sacar deducciones sobre los ciudadanos y sus modos de ser es un esfuerzo interpretativo, si bien también literario y estético. Esta metodología no es científica en términos estrictos, pero sí rigurosa en todos sus pasos de trabajo; además usa técnicas aprendidas desde las ciencias sociales. Pero entendemos que el objeto mismo, los imaginarios, son un hecho estético. Presentar los resultados debe ser asimismo un hecho estético, por lo que a nuestros autores les pedimos también capacidad literaria.

Nuestras bases de datos y toda la producción visual permiten comparar unas ciudades con otras, por ejemplo según escalas de mezclas cromáticas de percepción de la ciudad, o en escalas de temores y sitios donde aquellos se desatan, o según visiones de futuro. Como no estudiamos el urbanismo físico sino el cultural podemos saltar de unos ciudadanos a otros y observar sus coincidencias. Por ejemplo, siete de las catorce ciudades estudiadas se perciben grises; todas ellas reconocen en el *rock* el ritmo juvenil urbano dominante; todas reconocen el miedo dentro de las tres emociones dominantes de

percepción de la ciudad. De todo esto se pueden sacar conclusiones sobre urbanismos continentales.

MCM. En *Santiago imaginado* (Richard y Ossa, 2004) parece haber dos recorridos paralelos. Uno es el de la palabra, más académico e intelectual. El otro es el de la imagen (fotografías y gráficos), que parece más cercano a la experiencia. ¿Qué importancia tiene el diseño de estos libros para reconstruir la experiencia urbana de cada una de las ciudades estudiada?

AS. No hay sólo dos recorridos, sino varios: las estadísticas, la fotos, las colecciones de objetos representativos, las arqueologías ciudadanas, etc. Nuestros productos culturales no son sólo libros, pues hacemos también exhibiciones de fotos o proyecciones de video, etc., pero en los libros las imágenes son más sensoriales. El diseño de los libros es muy pensado, como veo que deduce de *Santiago imaginado*, desde el color de la carátula, el reparto de las estadísticas, las fotos y su ubicación, en fin. Los queremos cercanos a una experiencia estética y quisiéramos reproducir y vivenciar en ellos fantasías de cada ciudad.

Referencias bibliográficas

- Aguirre, M., F. Garzón y E. Kingman (2004). *Quito imaginado*. Bogotá: Convenio Andrés Bello, Universidad Nacional de Colombia-Taurus
- Álvarez, L. y C. Huber (2004). *Montevideo imaginado*. Bogotá: Convenio Andrés Bello, Universidad Nacional de Colombia-Taurus.
- Escoda, F. (2004). *Barcelona imaginada*. Bogotá: Convenio Andrés Bello, Universidad Nacional de Colombia-Taurus.
- Ossa C. y N. Richard (2004). *Santiago imaginado*. Bogotá: Convenio Andrés Bello, Universidad Nacional de Colombia-Taurus.
- Silva, A. (ed) (2003). *Urban imaginaries from Latin America: Documenta 11*. Kassel: Cantz Editions.